

xico, y el caudal de sus posibilidades para el futuro. El ambiente de la revolución, creó, pues, un nuevo escenario, que se ofrecía a los ojos del contemplador y solicitaba la curiosidad de las gentes de México, de sus artistas, con la atracción irresistible de su enorme sugestividad y su apasionante humanismo, mexicanísimo.

No se hicieron sordos a esta solicitud los artistas y pintores mexicanos. Necesitados y ávidos de nuevos horizontes, de nuevas fuentes de interés, de nuevas posibilidades estéticas, este escenario, sugestivo, fuerte y truculento, de una emocionante y vigorosa plasticidad, les dió temas y materia suficientes para satisfacer y saciar ese afán, proporcionándoles estímulos bastante poderosos y apasionantes para acabar con los viejos moldes académicos, con sus convencionalismos y artificios, e intentando, frente a ese escenario, un arte de honda raigambre humana, nuevo desde sus raíces, saturado de una emoción fecunda, viva y palpitante, arrancada de una realidad próxima y de apasionante sugestividad.

Pueden fácilmente marcarse, dentro del proceso de la pintura mexicana y post-revolucionaria, dos momentos, que señalan dentro de él la sucesión de dos procesos que, concurriendo unas veces y otras interfiriéndose, nos permitirán llegar al actual momento de la nueva pintura mexicana, logrado ya, de una poderosa substanciación humana y revolucionaria.

En el primero de esos momentos, cuando la revolución provocó en el campo artístico un cambio de estímulos y de intereses, el ambiente creado por ella y la nueva escenificación constituyen para los pintores mexicanos simples temas de curiosidad y de interés estético. Se ha producido un cambio escénico, salen a escena nuevos elementos y factores, y el pintor es seducido y llamado por la novedad, por la sugestión y el estímulo, puramente estético, plástico, que encierran esos temas y este nuevo ambiente. La revolución alterando desde sus cimientos la vida mexicana, provocando manifestaciones insospechadas, sacando a superficie cosas hasta entonces ocultas, ofrece nuevas posibilidades de emoción, nuevas fuentes de interés y de curiosidad, y los pintores echan mano de ellas para saciar su afán renovador, para satisfacer la necesidad que les urgía de nuevos moldes y formas nuevas, afán y necesidad meramente estéticas, sin trascendencia extrartística, que el espíritu subversivo y revisionista de la revolución infiltró en todas las conciencias, a manera de un poderoso y tonificante revulsivo individual. De esta forma, la revolución repercutió en el campo artístico: la grandiosidad de su escenario, el tumulto de pasiones que ella provocara, no cabían dentro de los viejos moldes académicos, exigían y pedían una expresión directa, viva, de raíces mexicanas, es decir, una completa renovación del material plástico y de las posibilidades expresivas, y así, determinada por exigencias de orden artístico, de plasticidad, es que surgió el primer intento y el primer esfuerzo de renovación.

Es indudable que la revolución trascendió inicialmente al campo artístico, como un movimiento y un intento limitado, intrartístico, exclusivo. Se rompe con los viejos moldes, un afán instintivo de libertad sacude todas las conciencias, y cada pintor busca sus propios derroteros y los caminos que su instinto le indican. Muchos de los pintores de la nueva generación forman en las filas revolucionarias, y en una u otra forma, todos ellos son actores de esta gesta, tumultuosa y apasio-